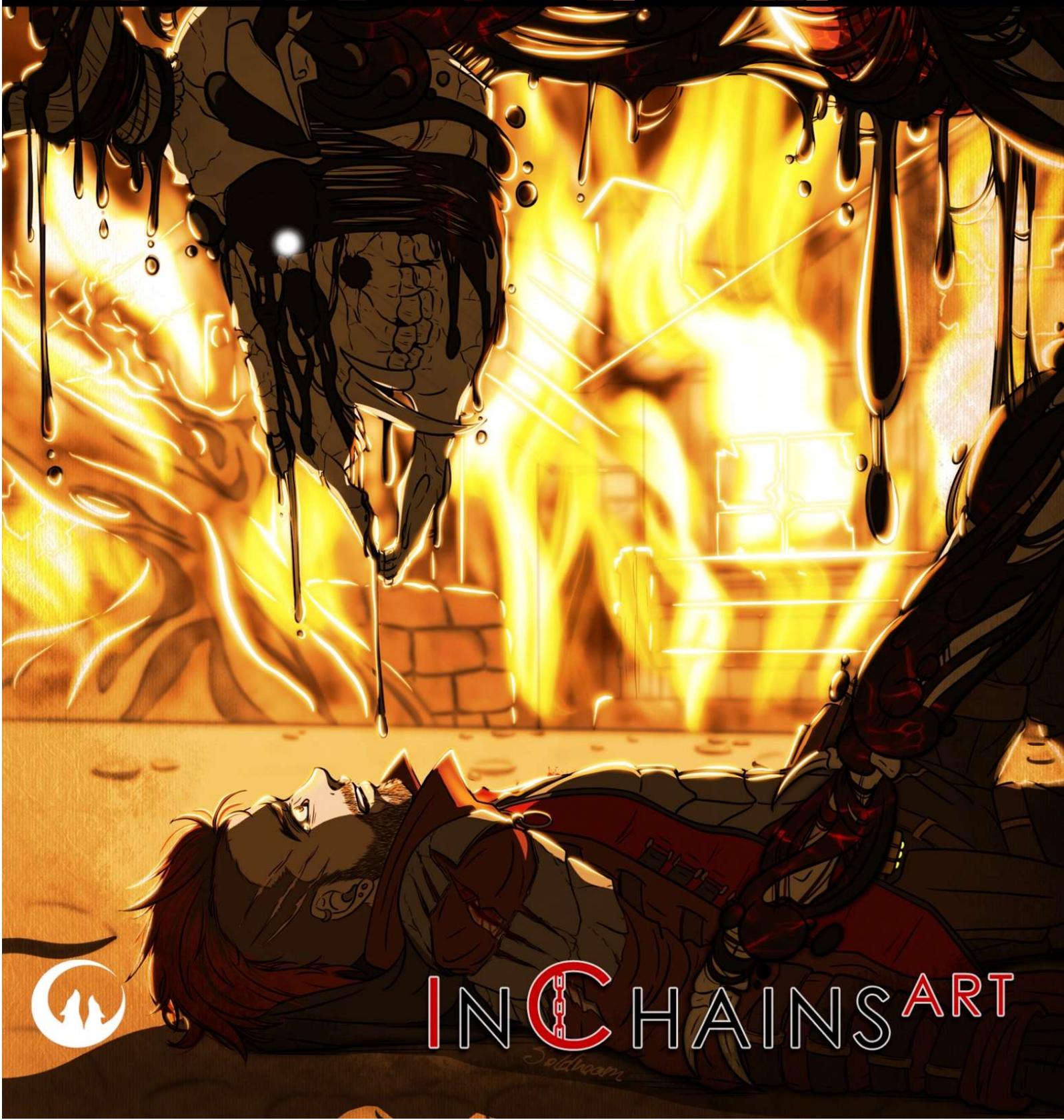


In Nomine Nigris

PURIFICACIÓN



IN **C** HAINS ART

Soldano

Carmesí esquivó el garrazo por los pelos, tirándose al suelo. Rodó sobre el barro y se cubrió detrás de una barandilla de madera, la cual voló en forma de cientos de astillas cuando las afiladas uñas de hueso húmedo destrozaron la estructura de un golpe.

El monstruo rugió, atascado en el callejón, enfurecido al ver cómo su presa se escabullía como un ratón entre sus garras. Entre las fauces de su calavera, mezcla de cérvido y cánido; reverberó un sonido a la vez chirriante y gutural. Por suerte, la máscara que cubría la cabeza de Carmesí protegió sus tímpanos de aquel golpe ensordecedor que hizo saltar en pedazos los vidrios de las ventanas de las casas adyacentes. Las esquirlas de cristal cayeron sobre su gabardina color sangre y rebotaron contra las piezas rajadas de su armadura, o más bien, lo que quedaba de ella. No perdió el tiempo: agarró con fuerza los dos revólveres alquitécnicos entre sus manos y se levantó, echando a correr entre las estrechas callejuelas que olían a animales de corral muertos y cadáveres en descomposición.

Mientras huía, Carmesí alcanzó a escuchar claramente el llanto y los gritos de las familias asustadas que se escondían en las casas del pueblo. Al saber que el tánatos merodeaba cerca de un núcleo civilizado, el protocolo descartaba automáticamente la evacuación. La mejor solución era que los supervivientes se encerraran en sus casas y rezaran a los Tres para que los Lobos les librarán de la amenaza.

Saltó varias cajas apiladas, esquivó unos barriles y terminó por apoyar el pie en una pared para impulsarse y encaramarse a una valla alta hecha con tablones. Una vez arriba, cometió el error de mirar atrás. El cuerpo alquitranoso del tánatos comenzó a deslizarse por el estrecho pasadizo. Avanzaba despacio, deformando la escasa estructura que los huesos ofrecían a su forma semi-líquida, desliziéndose de forma desagradable. La calavera con afilados cuernos y colmillos era lo único que se mantenía estable, mirándole a través de esas cuencas en cuyo vacío flotaban dos diminutos y terroríficos puntos de luz, indiscutiblemente fijos en él.

Lobo Carmesí aterrizó detrás de los tablones, giró en una esquina haciendo que sus botas derraparan en el barro y se escondió debajo de un corral semi-cubierto. Las gallinas salieron corriendo. «Tranquilo. Piensa», se dijo. «Es de categoría tres. No tienes armamento para esto. Sólo puedes intentar ganar tiempo para que el resto de la brigada acabe con él. Eso es. Tiempo».

Sólo tenía unos pocos segundos para recargar. Un movimiento que ya hacía sin pensar: se retiró la capa de la cadera y sacó un cargador en forma de tambor con ocho balas en cuyo interior brillaba un siniestro líquido verdoso y luminiscente. Primero abrió el revólver de la mano izquierda. Con un chasquido metálico sacó el tambor y lo cambió por el nuevo, haciéndolo girar con un repiqueteo metálico antes de cerrar el arma. Justo cuando se disponía a repetir el mismo proceso con el segundo, unas gotas alquitranosas cayeron desde el techo al suelo, emitiendo un

hedor pútrido tan penetrante que atravesó los filtros de los respiraderos de su máscara.

Miró hacia arriba.

«¡Mierda!».

Saltó hacia un lado justo a tiempo para evitar varias gotas del líquido negro. Por puro instinto se quitó la capucha del abrigo y la tiró al suelo. Efectivamente, se había salpicado con la brea negra del tánatos, el cual había consumido las hebras al instante. De no haber reaccionado, éstas habrían terminado por atravesar el resto de sus ropas y su armadura como un ácido imparable, alcanzando finalmente su piel.

Ese podría haber sido su final: acabar maldito como tantos otros, contagiado por la maldición de la nigrosis. «Hoy no. Todavía no».

La madera del techo del corral rechinó, crujió y se vino abajo. Entre el polvo, la masa negra e informe del tánatos se esparció sobre el suelo, salpicó y se recompuso, atrayendo de nuevo hacia sí las gotas que habían saltado en todas direcciones. Los trozos sueltos de esqueleto se reconstruyeron, dándole de nuevo ese aspecto bestial y cadavérico. Rechinó los dientes afilados y clavó en él aquellas cuencas iluminadas por la mismísima muerte.

Carmesí disparó una sola vez. La bala atravesó el cráneo astado dejando un agujero que se tragó la bala como si nada. Los restos verdosos del antisuero no tuvieron ningún efecto, como era de esperar en un categoría tres. La criatura siguió recomponiéndose lentamente, sin apartar la mirada de su presa.

—¡Tsk! —Carmesí masculló entre dientes antes de echar a correr, y deslizarse por el suelo justo a tiempo de esquivar un esputo de líquido negro dirigido directo a su cabeza. Escuchó cómo éste se estrellaba contra la pared de madera en el preciso instante en el que apoyó la suela de la bota en la cerca para saltar por encima de ella con agilidad. Con otro rugido ensordecedor, el tánatos destrozó la precaria construcción del corral y salió galopando detrás de él.

«¡Maldición, ¿dónde demonios están los demás?!», maldijo sin aminorar el paso, corriendo por la calle principal del pueblo en dirección a la plaza. Al contrario que las medidas y ágiles zancadas de Carmesí, el tánatos se movía de forma avasalladora y caótica: resbalaba con el barro, se estrellaba contra los muros de los edificios y se llevaba por delante todo cuanto encontraba, dejando un rastro de destrucción a su paso. Destrucción e infección, pues allá donde quedaba impregnado el viscoso líquido negro, éste empezaba a carcomer la superficie de lo que fuera que hubiera salpicado o manchado. Aquello le estaba dando ventaja a Carmesí para escapar, pero sabía que no llevaba las de ganar en aquella pelea.

Al llegar al centro de la plaza, Carmesí se escurrió detrás del pozo de piedra para recuperar el aliento, notando la garganta arder y el corazón rebotar en sus arterias desde el pecho hasta la cabeza. Recargó el segundo revólver, aunque sabía que no serviría de absolutamente nada. Desesperado miró alrededor, intentando discernir si alguno de sus compañeros de brigada estaba cerca o escondido, esperando el momento oportuno para salvarle. Pero no vio a nadie.

El tánatos alcanzó la plaza. Clavó las garras en el empedrado lleno de barro para detener su carrera. Se agitó, gruñó y volvió a rugir, chirriando hasta el punto de provocar dentera.

Carmesí apretó las mandíbulas e hizo girar los tambores de sus dos únicas esperanzas. «Tarde o temprano tenía que pasar». Los Lobos eran siempre los primeros en caer. Y él ya había durado demasiados años en activo. Hasta ahora había tenido más suerte que los demás, pero eso parecía haberse acabado.

Apoyó los pulgares en los martillos y apretó, cargando. Una ráfaga, quizá vaciar un cargador; podría ayudar. No lo destruiría pero lo cabrearía lo bastante como para que le siguiera en otra carrera desesperada. Quizá aún tuviera un último ápice de suerte y lograra hacerlo volver al bosque. Allí, seguramente, le alcanzaría en cuanto le fallara el aliento.

Si la suerte le duraba un poco más, lo destrozaría con sus garras y sólo dejaría vísceras esparcidas por los suelos y sus tripas clavadas en los troncos de los árboles; como había hecho con decenas de campesinos, cazadores y otros habitantes de la región.

Si no, lo peor que podía pasar era que lo mordiera y lo dejara medio muerto, a merced de la maldición. Si ésta no lo mataba, se convertiría en un monstruo igual que él, incapaz de mantener su forma o su consciencia, consumido en un ciclo de putrefacción interminable, movido sólo por el hambre voraz e insaciable de infectar cualquier forma de vida que se le cruzara por delante.

El tánatos volvió a gritar detrás de él, más agudo aún que antes, moviéndose en círculos por la plaza, buscándole. Los monstruos no veían bien. Así que se movían por una especie de olfato y, sobre todo, por el sonido. Sólo hacía falta un pequeño movimiento para que lo detectara, un leve roce de la bota contra el suelo, una respiración fuerte...

Lobo Carmesí contuvo el aliento y alzó los dos cañones de las armas hacia arriba, tocándose la frente con ellos. Abrió los párpados para mirar al eclipse, brillando en medio de la noche, eclipsando todas las estrellas de su alrededor, excepto las de los Tres. «Padres de la creación, que sois uno y todo bajo el manto de la oscuridad. Primus, dame fuerzas para no desfallecer; Dimidium dame alas y empújame con tu viento; Tertia, apiádate de mi y acógeme en tu seno. Pues ésta es la última voluntad de vuestro soldado, que hoy sacrifica su existencia en la guerra santa contra el mal que nos acecha. In Nomine Nigris, lunae mortis et sancti solis.

Amén.»

Fue suficiente para que el tánatos girase la cabeza en su dirección. Un nuevo chirrido gutural. La criatura cogió impulso. Carmesí resopló y dio un brinco hacia delante. El tánatos saltó hacia él, con las garras y las astas por delante. Con un grito desgarrado, vaciando todo el aire contenido en sus pulmones, Carmesí disparó a discreción, descargando las balas en la cabeza y el cuerpo del ser. Volaron varios fragmentos de hueso, incluyendo parte de un cuerno, hasta el punto de casi reventarle la cabeza por completo.

Pero esos malditos ojos no se apagaban. Esas malditas luces seguían mirándole.

Carmesí rodó de nuevo por el suelo, esquivando al monstruo una vez más. Notó que algo, probablemente unos de los cuernos, le desgarraba la hombrera y se la arrancaba con violencia. Aquello provocó que perdiera el equilibrio. Otra cosa, no supo el qué, le golpeó la cara. La máscara de lobo color carmesí rodó por el suelo, arrancándole hasta el respirador de la boca, dejando su rostro al descubierto.

Cayó al suelo de espaldas. Tras el impacto sus manos soltaron las armas. En ese momento supo que era el final. Empezó a toser, sufriendo la violenta arcada que siempre acontecía cada vez que se quitaba el respirador y que venía seguida del vómito del líquido verde brillante que inundaba sus pulmones.

Mientras el Lobo Carmesí jadeaba, el tánatos se recompuso de nuevo tras chocar contra la entrada de otra casa, echando la puerta abajo. Carmesí lo vio acercarse, reptando como una gigantesca alimaña, dos veces más grande que un caballo. Sin la protección de la máscara, el hedor de la criatura era tan intenso que su estómago se retorció, deseando vomitar incluso estando vacío. Fue incapaz de contener las arcadas.

La garra del tánatos se incrustó en el suelo, cerca de su cabeza. El monstruo estaba casi sobre él, con esos dos puntos de luz que eran sus ojos clavados en su persona. Entonces lo vio: el brillo rojizo y brillante, asomando entre el pecho borboteante y los fragmentos de esternón. «El núcleo».

Carmesí torció una mueca y masculló entre dientes. «De haberlo visto antes...».

El tánatos alzó una garra en el aire, dispuesto a desmembrarlo de un golpe. Carmesí cerró los ojos y se cubrió la cara con los brazos, deseando que todo terminara rápido.

¡¡BANG!! ¡¡BANG!!

Dos disparos hicieron un eco atronador, seguidos de un fognazo intenso. La criatura cayó de lado y gritó de nuevo, emitiendo un chirrido agónico. Carmesí soltó de golpe el aire de los pulmones y se atrevió a abrir los ojos: el tánatos estaba ardiendo. Dos enormes agujeros se hundían en su cuerpo aceitoso, desprendiendo llamas que lo envolvieron por completo en cuestión de segundos. La criatura volvió a chocar contra las casas, dejando restos de aquel alquitrán, ahora envuelto en llamas que no tardaron en consumir también las estructuras de madera y paja. Con esa especie de gemidos fantasmagóricos, el tánatos se alejó de la plaza y el pueblo, chirriando de dolor, esparciendo llamas sobre todo lo que rozaba.

Lobo Carmesí alzó la cabeza. Desde lo alto del campanario de la iglesia, una figura vestida completamente de negro le hizo un gesto con la mano, antes de desaparecer por las escaleras. Aliviado, aunque incapaz de creer que hubiera tenido suerte una vez más, reptó por el suelo para recuperar sus armas y su máscara. La adrenalina que aún pulsaba en sus venas le hacía temblar y castañear los dientes. Tras comprobar que la máscara no había sufrido daños ni contenía restos de brea; volvió a ponérsela en la cabeza. La

maskarilla del respirador se ajustó a su nariz y a su boca, permitiéndole tragar el antisuero que le permitía respirar a través de los filtros sin ahogarse.

En ese momento, la figura oscura que lo había salvado tan oportunamente hizo su aparición en la plaza, saliendo por la puerta principal de la iglesia.

—¿Y tú se puede saber a qué estabas esperando? — Masculló Carmesí con la voz distorsionada y ahogada por el respirador.

En sus manos enguantadas portaba un enorme rifle tirador con doble cañón, cuya punta aún humeaba con cierta incandescencia. Su capa negra y raída le cubría la cabeza con una capucha a la que le había hecho dos agujeros para que las orejas de su máscara de Lobo color negro pudieran sobresalir sin problema. Llevaba el filtro respirador a un lado del hocico, dejando el otro lado de su cara vacío para poder inclinarse sobre la mirilla del rifle al apuntar.

—Necesitaba un tiro limpio —respondió el otro como si nada. Su voz también sonó distorsionada bajo la máscara—. Ha sido inteligente por tu parte traerlo a una zona abierta, no podía dispararle entre los callejones.

—De nada —gruñó Carmesí, desviando la mirada hacia las casas en llamas. De ellas ya empezaban a salir corriendo las familias, chillando y llorando. La máscara ocultó su gesto de angustia—. ¿Munición incendiaria?

—No tenía más remedio. Es lo único que hace daño a los de categoría tres.

—¿Será suficiente para destruirlo?

—Negativo. No he alcanzado el núcleo. —Negro habló con fastidio. Carmesí mejor que nadie sabía lo mucho que le dolía errar un tiro.

—Aun así me has salvado la vida.

—Sí. Un efecto colateral por fallar mi objetivo.

Carmesí puso los ojos en blanco. No tenía ganas de para discutir.

—¿Te ha contaminado? —Preguntó Negro.

—Creo que no.

Sin pedir permiso, Lobo Negro tiró de la gabardina de Carmesí por el hombro, como si quisiera arrancársela. Luego le obligó a girar sobre sí mismo un par de veces para comprobar su estado. Mientras tanto, Carmesí miró en silencio cómo la gente del pueblo empezaba a salir tímidamente de sus casas y algunos comenzaban a intentar apagar el fuego esparcido por el tánatos.

—¿No los detenemos? —Inquirió—. Si se infectan, podrían...

—Ya están infectados —le cortó Negro con voz gélida. Acto seguido señaló el pozo con la barbilla—. Cuervo Esmeralda ha hecho los análisis. Las aguas del manantial están contaminadas, así como los campos y el ganado. Dentro de poco este lugar será un campo de cadáveres. Eso, si tienen la suerte de no transformarse en otro tánatos.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Cumplir el protocolo.

Lobo Carmesí separó los labios y abrió los ojos, incrédulo.

—¿Sin examinarlos? —Negó con la cabeza—. Pero eso es...

—Pareces estar limpio, pero no te confíes. Cuando termines de purificar la zona, ve a que Esmeralda te revise a fondo. —Negro siguió hablando sin prestar atención a sus palabras, como si tuviera prisa—. ¿Te quedan balas?

—Sí.

—Guárdate una para ti, por si acaso. Si quieres ser piadoso, usa el resto con las mujeres y los niños primero.

Carmesí dio un paso atrás.

—Es una orden—imperó Negro con voz grave—. No seas necio, o tendré que dispararte. Y a mi no me sobra la munición.

Bajo la máscara, Carmesí lo miró con rabia. En sus manos apretó las empuñaduras de sus pistolas descargadas.

—¿Y qué hay de ti?

—Mis órdenes son eliminar la amenaza del tánatos, y aún no he cumplido.

—El protocolo de purificación tiene prioridad sobre la caza.

—Creo que puedo permitirme dejarlo en tus capaces manos —terció Negro, aún sosteniendo el tablón prendido entre los dos, como si fuera una antorcha—. A no

ser que prefieras que deje que ese demonio huya hacia los pueblos de las montañas y siga causando estragos.

Carmesí, quien había abierto la boca para replicar, frenó de golpe.

—¿Las montañas? —Preguntó con una nota de terror en su voz distorsionada.

—Buscará el frío y la oscuridad de las tormentas para regenerarse. En esa zona apenas brilla el sol.

—Cuervo Índigo está ahora en las montañas. —murmuró en voz alta, sin pensar. Una profunda preocupación estrujó sus entrañas con saña—. Se quedó atendiendo pacientes en Audale. —Tragó saliva.

—Entonces apúrate y haz tu trabajo.

Lobo Negro no perdió ni un segundo: se ajustó el rifle a la espalda y salió corriendo detrás del rastro del tánatos, rumbo norte. Tras unos segundos de duda, Carmesí usó las balas que le quedaban para matar a las mujeres y los niños del pueblo. De un tiro en la cabeza: rápido e indoloro; era lo más piadoso que podía hacer por aquellos pobres desdichados. Cuando se le acabaron las balas, recurrió a los cuchillos. Fue absurdamente fácil: todo el mundo pensaba que el Lobo Carmesí venía a salvarles, no a asesinarles. Los pocos que intentaron huir sólo lograron retrasar lo inevitable.

El incendio no tardó en esparcirse por todo el pueblo, alimentado por el propio Carmesí, quien se aseguró de que no fuera a quedar del lugar más que sombras y ceniza.

Antes de volver al campamento, desde lo alto de la colina en la que se extendían los campos de cultivo arrasados por el fuego de las purgas; Carmesí volvió la vista atrás una última vez. Con tristeza observó el fuego y el humo elevándose en la oscuridad y murmuró una última oración:

—Padres de la creación, que sois uno y todo bajo el manto de la oscuridad. Primus, dame fuerzas para no desfallecer; Dimidium dame alas y empújame con tu viento; Tertia, apiádate de tus hijos y acógelos en tu seno. Pues ésta es la última voluntad de vuestros vástagos, que hoy sacrifican su existencia en la guerra santa contra el mal que nos acecha.

Lobo Carmesí se santiguó, haciendo la señal del triángulo tocándose los hombros y la frente con la mano.

—In Nomine Nigris, lunae mortis et sancti solis. Amén.